

AQUÍ ESTAMOS: TRES MUJERES, TRES HISTORIAS, TRES VIDAS

Lucía Asué Mbomío Rubio

InteRed
por una educación transformadora

Con el apoyo financiero de:



Ilustraciones de Elizabeth Montero Santa

AQUÍ ESTAMOS: TRES MUJERES, TRES HISTORIAS, TRES VIDAS



CRÉDITOS:

Título:

AQUÍ ESTAMOS: TRES MUJERES, TRES HISTORIAS, TRES VIDAS

Autora: *Lucía Asué Mbomío Rubio.*

Ilustradora: *Elizabeth Montero Santa.*

Diseño y maquetación: *Mauricio Maggiorini Tecco*

Coordinación editorial: *Idoia Landaluce, Carolina Naranjo*

Área de programas de InteRed.

Fecha: *julio 2023.*

Código ISBN: *978-84-121198-6-2.*

InteRed 
por una educación transformadora



Hola,
Tú, sí, tú ! Hablo contigo.

Y quiero que me respondas a una pregunta: cuando me miras ,
¿qué ves? ¿Qué es lo que piensas? ¿A qué crees que me dedico?
¿Qué cosas piensas que me gusta hacer ? ¿De dónde crees que soy
o a dónde crees que vivo?

Responde aquí abajo pero de verdad, no porque esto sea un
ejercicio del insti...

Me llamo Paola y, para mucha gente, soy un ninot. ¿Sabes lo que es
un ninot? Se trata del típico muñeco de las fallas que está hecho con
poliestileno expandido, o sea, corcho blanco. Puede tener forma
humana , aunque un poco caricaturizada , deformada y exagerada,
pero quizá lo que tooodos comparten es que están vacíos por
dentro.

Y esto es lo que les pasa a muchas personas que
migran y escogen el Estado español como casa. Hay
quien solo ve esa caricaturización y piensa que, en efecto, en
nuestro interior no hay nada. Como si careciéramos de nombre,
historia propia, conocimientos, sentimientos, familia y seres
queridos o recuerdos. Como si todas y todos fuéramos iguales por
estar hechos del mismo material y solo cambiara un poco nuestro
aspecto exterior.

Sin embargo, no es así, por eso, por mí y por mis compañeras
migrantes, voy a contaros la historia de varias mujeres
maravillosas. Comprobaréis que son absolutos
referentes de abnegación, de superación y de
transformación de su entorno a pesar de que, por
desgracia, para una parte de la sociedad sean sólo ninots.

Comenzaré por NICOLE

Nicole Ndongala nació en 1979 en el corazón del continente africano, justo al lado de Mai-Ndombe, un lago enorme situado en la República Democrática del Congo.

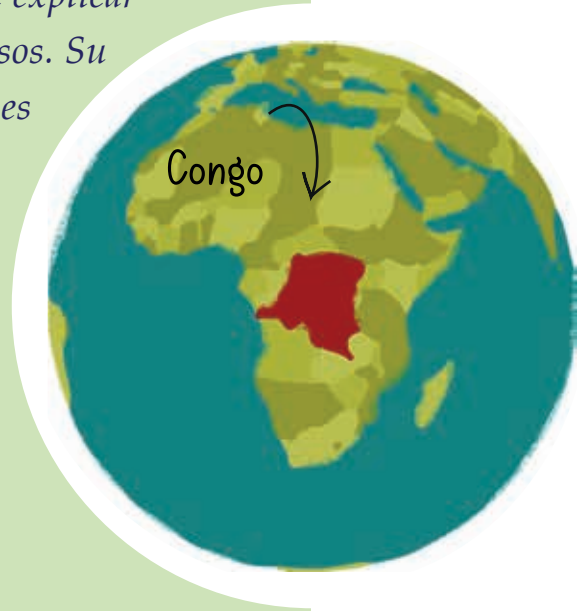
Allí, los paisajes tienen todos los verdes del mundo y el agua no falta nunca. De hecho, de niña, Nicole era casi como una sirena. Se pasaba el día metida en el lago, cantando o jugando a su lado y disfrutaba de la naturaleza generosa de su entorno junto a otras niñas y niños.

En su adolescencia, se fue a la capital de su país, Kinsasa, para diplomarse en gestión financiera. Había hecho las prácticas y entró en la facultad para continuar sus estudios y poder licenciarse. Sin embargo, las cosas se torcieron y en 1997 comenzó una guerra civil, así que la universidad cerró.

Esta es Nicole en la actualidad



Para hablar de conflictos es fundamental explicar la importancia de Congo en términos de recursos. Su subsuelo tiene un montón de minerales, tanto es así que el 80% de las reservas de coltán, un mineral sin el cual no podríamos tener teléfonos móviles, se encuentran ahí. Sin embargo, antes de la fiebre del coltán, tan requerido en las últimas décadas, fueron el uranio, con el que se hizo la bomba de Hiroshima, por ejemplo, el caucho, cuyo uso supuso un avance enorme en la industria automovilística, o el marfil.



El caso es que esa riqueza ha suscitado el interés de medio planeta y eso ha provocado que el país se haya convertido en escenario habitual de disputas entre grandes potencias internacionales, empresas multinacionales y políticos locales para ver quién puede apropiarse de ella. No obstante, los medios de comunicación no siempre informan acerca de lo que está sucediendo. Hay algunas guerras que se quedan ocultas y cuando los perjudicados por ellas tratan de llegar a Europa para salvar sus vidas, desconocemos sus porqués y los contextos de los que escapan.

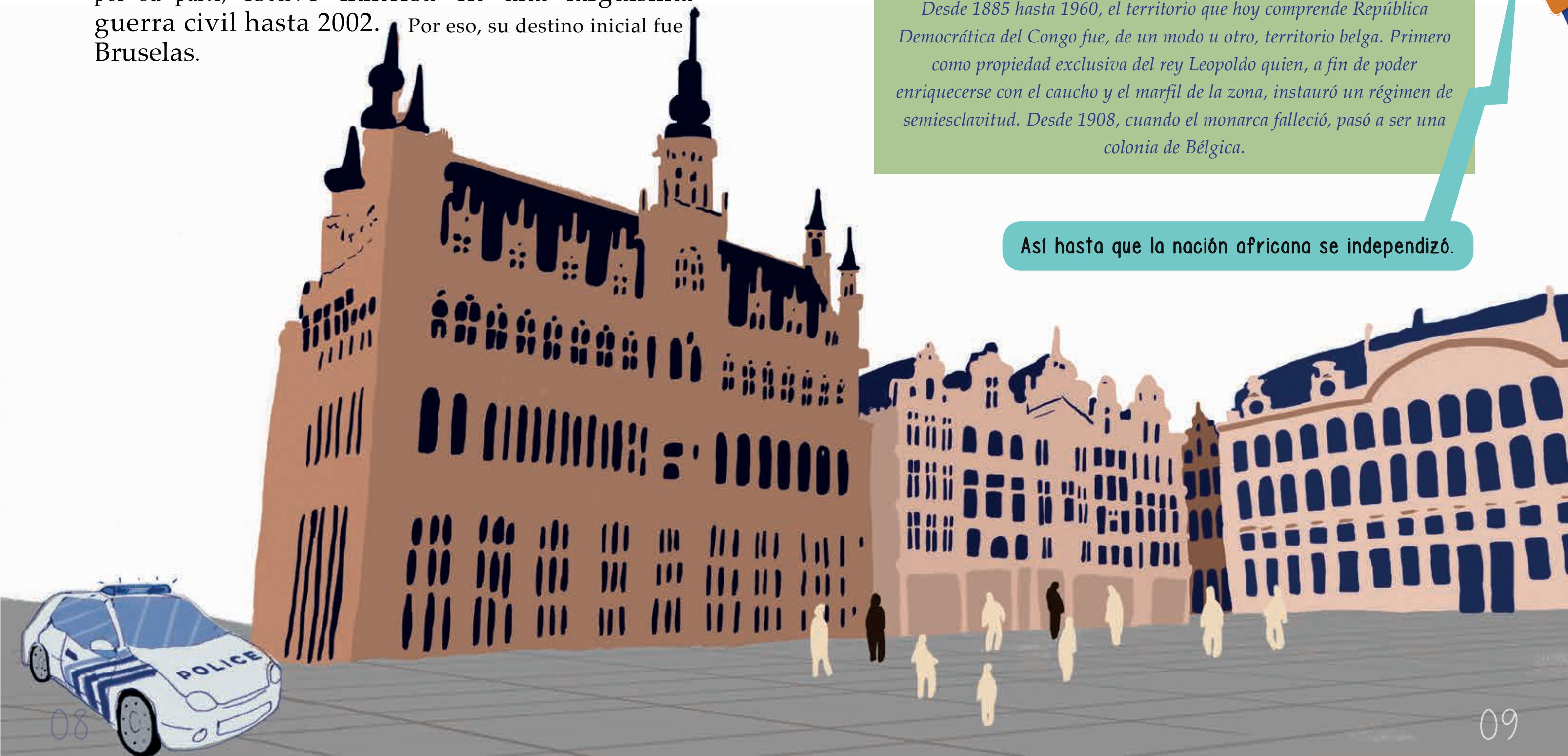
Ningún espacio parecía seguro, las detenciones arbitrarias por parte de la policía eran algo común y la violencia en la calle también, de modo que su padre y su madre, con mucho dolor, le animaron a abandonar su tierra. Nicole podía haber optado por ir a alguno de los países limítrofes africanos, sin embargo, ninguno era un remanso de paz. En el vecino Congo se estaban librando auténticas batallas entre los fieles al presidente anterior, Sassou Nguesso, y el vigente, Pascal Lissouba. Angola, por su parte, estuvo inmersa en una larguísima guerra civil hasta 2002. Por eso, su destino inicial fue Bruselas.

¿Por qué Bruselas?

Por los lazos históricos que existen entre los dos países y debido a que, precisamente por eso, una de las lenguas oficiales en ambas naciones es el francés.

Desde 1885 hasta 1960, el territorio que hoy comprende República Democrática del Congo fue, de un modo u otro, territorio belga. Primero como propiedad exclusiva del rey Leopoldo quien, a fin de poder enriquecerse con el caucho y el marfil de la zona, instauró un régimen de semiesclavitud. Desde 1908, cuando el monarca falleció, pasó a ser una colonia de Bélgica.

Así hasta que la nación africana se independizó.

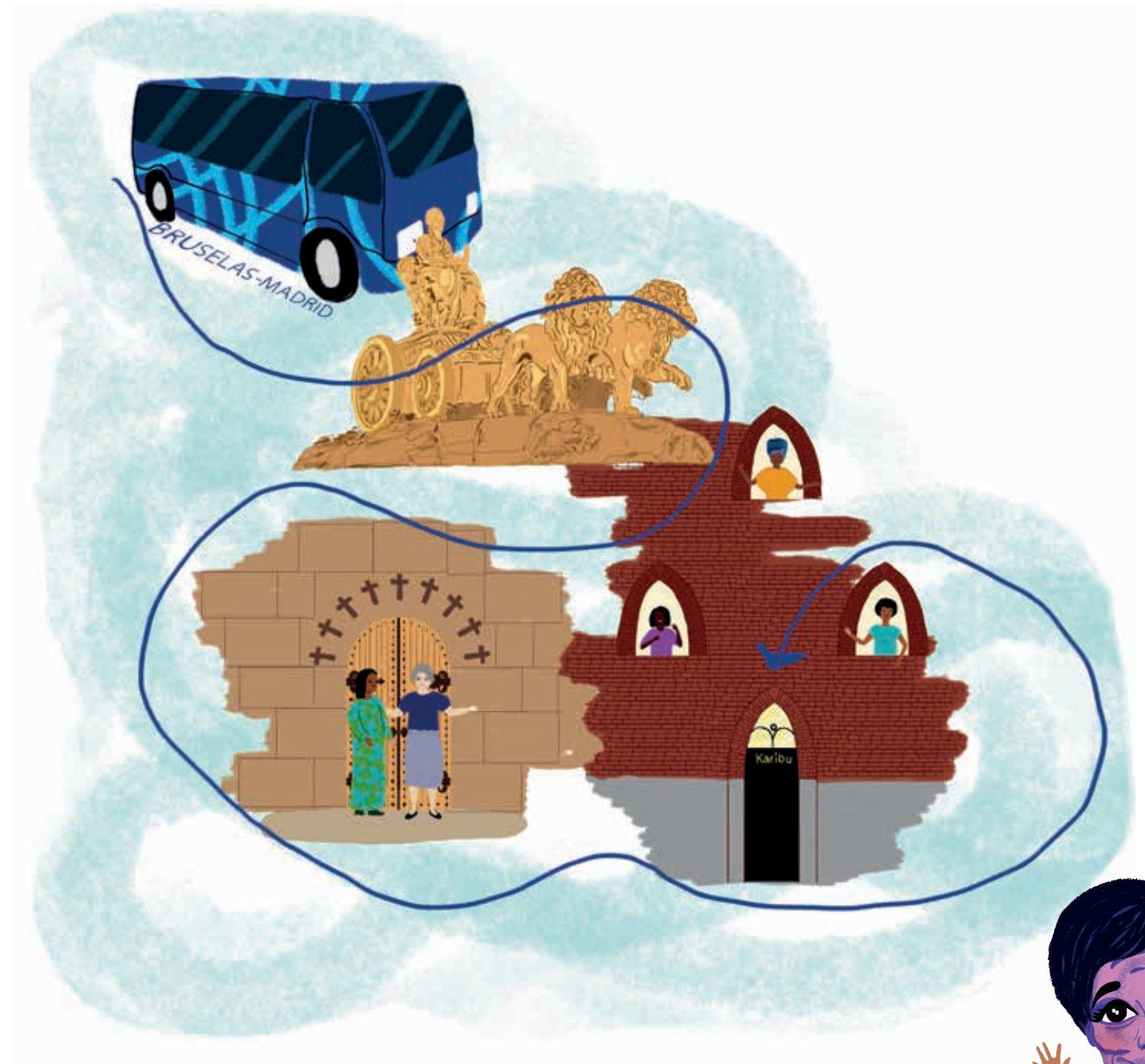


Antes del conflicto bélico, por supuesto, Nicole tenía las típicas expectativas con respecto a Europa. Imaginaba que todo el mundo vivía bien y que era la cuna del conocimiento y un garante indiscutible de los derechos humanos. Sin embargo, cuando huyó ni siquiera pensó en eso, simplemente, necesitaba salir, obtener refugio y estar a salvo. Lo logró gracias a que su hermano, que estudiaba en Bruselas, le consiguió un visado falso que le permitió viajar. Sin él, le hubiera resultado imposible escapar de la guerra.



Con todo, sus primeros días en la capital belga no fueron fáciles en absoluto. Descubrió que la violencia se expresa de muchas formas. A los días de llegar, presenció un procedimiento de expulsión a personas en situación administrativa irregular que acabó en desgracia. Una mujer centroafricana se opuso a su deportación y acabó asfixiada por las fuerzas de seguridad del Estado. Este hecho le traumatizó tanto que se lo comentó a una vecina del sitio en el que se estaba alojando. La mujer le aseguró que en España era impensable que algo así sucediera razón por lo que Nicole se compró un billete de autobús rumbo a Madrid.

Ningún ser humano es ilegal, de ahí que sea preferible usar expresiones como "persona en situación administrativa irregular" que "sin papeles" o "ilegal", que son profundamente deshumanizantes.

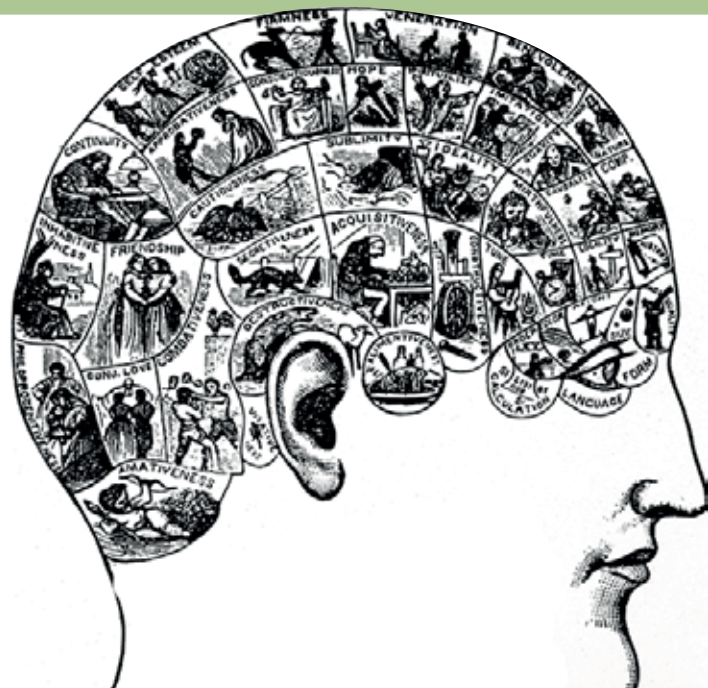


Dicha deshumanización no es nueva en absoluto. Lo cierto es que viene de muy atrás. Tanto que quizá os va a sorprender.



Cuando en el s.XVI comenzó la esclavitud transatlántica, hubo que buscar alguna excusa para hacer digerible algo que no lo era en absoluto. Primero se arrebató la tierra a las y los pobladores originarios de Abya Yala, expresión que se utiliza en lugar de "América" por ser esta una palabra impuesta por países colonizadores. Pese a que hay consenso en su uso por parte de mucha gente, nace del pueblo indígena kuna, originario de lo que hoy es Panamá y Colombia y significa "tierra en plenitud", "tierra de vida" o "tierra madura". También podría traducirse por "Tierra de sangre" ya que, en su lengua, "ablys" es sangre. Esta última acepción estaría vinculada a la masacre de quienes fallecieron en combate por la defensa de su territorio, por la esclavitud o al contagiarse de las enfermedades que llevaron los europeos.

Con el paso de los años y ante el diezmado de la población local, se buscó una alternativa: se esclavizó a personas africanas. El proceso para estas últimas fue terrible: las secuestraron y arrebataron su nombre, cultura, e idioma. Por si eso no fuera suficiente, las llevaron por la fuerza a miles de kilómetros de su hogar y fueron obligadas a trabajar de forma gratuita para engrosar las arcas de personas que afirmaban ser sus dueñas por tener títulos de propiedad que así lo acreditaban. Así que, en una época en la que la religión tenía muchísimo peso, se argumentó que había gente con alma, las personas blancas, y gente, los africanos negros, sin ella. El alma, o sea la dimensión espiritual, era lo que dotaba o no de humanidad, de modo que no tenerla implicaba no ser humano.



A medida que fueron transcurriendo los siglos, la religión le cedió protagonismo a la ciencia y esto podría haber significado un cambio para las personas negras, pero... No fue así. El racismo científico recogió el testigo de esa deshumanización y, basándose en mediciones craneales y de genitalidades, apeló a nuevas diferencias: había una raza, la blanca, que era la del pensamiento, la creación y la razón y otra, la negra, que era la de la fuerza bruta y los bajos instintos irrefrenables. Se contrapuso el cerebro al músculo, se entendió que una raza era pura inteligencia y la otra solo digna de ser mano de obra.

Lo de siempre... Que mientras una mandaba la otra obedecía.

Para comprender esto, debemos partir de la base de que la raza, desde un punto de vista biológico no existe. No es sino la expresión visible de la adaptación de grupos humanos a su entorno. Así las cosas, las personas originarias de contextos en donde hace más sol, por lógica, tienen la piel más oscura para protegerse de los efectos nocivos de los rayos uva. Y nada más. Todo lo demás, asumir que van a bailar mejor, que van a correr más o que van a tener más o menos inteligencia son conjeturas absurdas que beben de ese racismo científico que, a día de hoy, se expresa adaptada a nuestros tiempos. ¿Cómo? Los medios de comunicación, el cine y los diferentes sistemas de representación continúan arrebatando la humanidad completa a las personas negras, africanas y afrodescendientes. Lo hacen a través de imágenes como las de las pateras o los saltos de la valla en las que nunca salen individuos con nombre, historia, país y motivo que les ha llevado a migrar. Lo que nos muestran son cabezas con rostro difuso apolotonadas en barcasas o manos que se hunden en el mar, tras minutos agónicos tratando de flotar, jamás su voz.



Y luego están las palabras. Las que se dicen y las que no se dicen. Un ejemplo de ello sería el hecho de que en el 80% de las noticias sobre inmigración no cuentan con personas migrantes como fuente de información y en el 50% ni siquiera se utiliza la palabra persona para referirse a ellas.



Eso, inevitablemente, genera cierta distancia.

Por otro lado, cuando se trata de personas negras, africanas y afrodescendientes, la invisibilidad mediática es terrible. Solo se rompe con la lógica de la excepción (la primera que o la única que...), que contribuye a que pensemos que hay comunidades homogéneas en la que todos los individuos que la componen son idénticos y responden a un patrón. La otra brecha la produce la narrativa del dolor, aquella por la cual vemos a personas negras siempre en contexto de guerra, sufrimiento y sin recursos. El riesgo de que solo nos muestren esa visión es que en Occidente podemos acabar normalizando algo que no es normal. Así es como terminamos por restarle importancia a las guerras, los atentados o los accidentes que suceden en una parte del mundo que, independientemente de la distancia que nos separe, no tendríamos que considerar tan lejana.

¿Y os preguntaréis por qué se hace todo esto si ya no estamos en el s.XVI y en el s.XIX se acabó la esclavitud transatlántica? Pues porque el Estrecho de Gibraltar es la frontera natural entre Europa Occidental y África. Deshumanizar a quienes vienen a través del mar convierte en más "soportable" para la sociedad occidental el hecho de que el Mediterráneo y parte del Atlántico se hayan convertido en una tumba para el montón de personas africanas que han perdido la vida tratando de venir. Y, por otro lado, resulta útil para poder explotar laboralmente y sin remordimientos a las que sí consiguen llegar. Prueba de ello es la situación de las y los jornaleros que trabajan en el sur de la Península Ibérica, en lo que llaman "la huerta de Europa". Es un lugar tan fértil como feroz para quienes se pasan horas y horas debajo de un plástico a temperaturas altísimas para que comamos fresas durante casi todo el año.

Pero volvamos con Nicole. Al no hablar castellano y carecer de redes de apoyo, amistades o familiares que pudieran echarle una mano, su primera parada fue una iglesia. Pensó que allí podrían ayudarla u orientarla de alguna forma y no se equivocó: La empleada de limpieza del templo le sugirió que fuera a una asociación que trabajaba con población africana. Se trataba de Karibu, una organización que lleva tres décadas llevando a cabo labores de acogida, servicio médico, visitas a los centros de internamiento de extranjeros, asesoramiento jurídico, orientación laboral o actividades formativas, entre otras cosas.

Karibu significa "bienvenido" en swahili o suajili, la lengua africana más hablada en el mundo. Alrededor de 200 millones de personas pueden expresarse en este idioma lo que le convierte en uno de los 10 más hablados del planeta.

Nicole vivió dos años en uno de los albergues de Karibu. Eso le permitió relacionarse con otras mujeres de diferentes partes del continente africano, descubrir sus realidades y aprender con sus vivencias y conocimientos, pero también **desarrollar un compromiso hacia todas las personas en situación de vulnerabilidad**. Como consecuencia de lo anterior, pronto empezó a acompañar a las recién llegadas, después, hizo las veces de intérprete, más tarde, de mediadora cultural, fue también técnica de acogida y la creadora y coordinadora del Centro de Formación y Promoción de la Mujer.

Esta iniciativa surgió por la necesidad de crear espacios seguros femeninos de conversación, desahogo y sanación.

No obstante, para que esa progresión laboral pudiera darse, Nicole tuvo que regularizar su situación en España y no fue nada fácil lograrlo. Cuando se escapó de Congo era joven y estaba inmersa en una situación de emergencia tal que ni siquiera pensó que tuviera que solicitar algún tipo de permiso para huir y viajar, simplemente, se fue. Las circunstancias apremiaban y su vida corría peligro. Ya como usuaria de los servicios de Karibu, una abogada especializada en extranjería le comentó, tras escuchar su historia, que **sería conveniente que solicitara asilo puesto que su país estaba en guerra**, la inestabilidad política era una constante y ella había sido víctima de persecución. A sus ojos, lo anterior era más que suficiente como para que se lo dieran.

En palabras de Amnistía Internacional, una persona solicitante de asilo es alguien que ha salido de su país y busca en otro, protección frente a la persecución y violaciones graves de derechos humanos, pero que aún no ha sido reconocido legalmente como refugiada, pues está en espera de que se tome una decisión sobre su solicitud de asilo.

Según el artículo 1.A.2. de la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de refugiados de 1951, un refugiado es una persona que "debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentre fuera del país de su nacionalidad y no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera acogerse a la protección de tal país; o que, careciendo de nacionalidad y hallándose, a consecuencia de tales acontecimientos, fuera del país donde antes tuviera su residencia habitual, no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera regresar a él".

En España, las peticiones de asilo tardan una media de 17 meses en ser respondidas. Con la excepción de las y los ciudadanos de Ucrania, que obtienen asilo en 24 horas gracias a un sistema de acogida exprés.

A Nicole todo le pareció bien hasta que la letrada le explicó que debía ir a una oficina pública ya que dedujo que ahí habría policías en la puerta. Debido a sus vivencias en Congo y en Bruselas con los cuerpos de seguridad del Estado le daban pánico. Durante meses, profesionales de Karibu tuvieron que trabajar con ella para que se le quitara el miedo y con el fin de que entendiera que era la única opción viable para obtener documentos que regularizaran su situación. Así las cosas, pidieron una primera cita en la oficina de asilo y cuando llegó el momento de acudir, se bloqueó por completo al ver a los policías situados en el acceso al edificio. Le dijo a la voluntaria que la acompañaba que no quería entrar y tuvieron que irse. Lo que vino a continuación fueron nuevas sesiones trabajando en sus traumas del pasado con el objetivo de que, finalmente, pudiera asistir a una nueva cita y todo discurriera con normalidad. Y así fue. Logró vencer sus temores y solicitar asilo.



Entre tanto y a la espera de que se resolviera positivamente el trámite, le dieron una tarjeta amarilla cuya única utilidad era poder mostrársela a la policía en caso de que algún día le pararan para pedirle papeles. No era equiparable a un permiso de residencia ni mucho menos a uno de trabajo, por lo que no podía generar ingresos ni enviar dinero a su familia en Congo. Eso le provocaba una gran frustración dado que era consciente de lo bien que les vendría una ayuda económica.

Algo más de un año después de solicitar el asilo le llegó, al fin, una carta en la que le comunicaron que se lo habían denegado. En la misiva no había ninguna explicación, aunque Nicole sospecha que se debió a que la instructora que le entrevistó tenía dudas acerca de su nacionalidad. Para cerciorarse de que era congoleña y que no estaba utilizando un conflicto que le era ajeno con el fin de conseguir papeles, le hizo preguntas sobre los volcanes de Nirangongo, que están en la zona de Goma. Nicole no supo responder bien debido a que se encuentran muy lejos de donde ella residía, Kinsasa.

República Democrática del Congo tiene cerca de 96 millones de habitantes pertenecientes a alrededor de 200 grupos étnicos. Se trata de un país enorme.

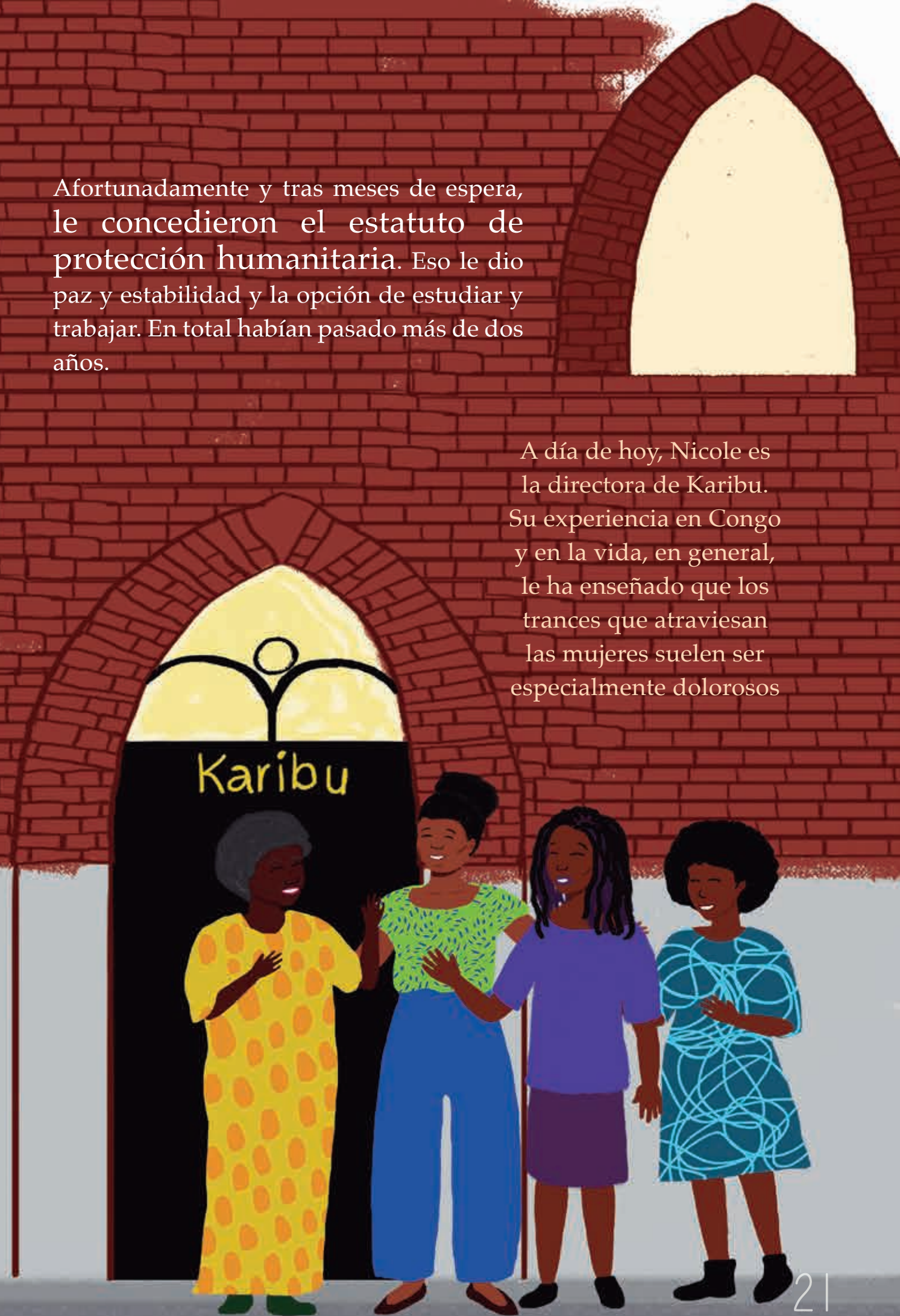


La abogada le sugirió recurrir. En una época en la que aún no había whatsapp ni internet en el teléfono, comunicarse, y menos aún a nivel internacional y con un país africano en conflicto, resultaba complicadísimo. Nicole tuvo que ingeniárselas para poder dar con sus progenitores y pedirles documentos que acreditaran su nacionalidad. La realidad es que fue un camino de lo más tortuoso. A cada peldaño administrativo que subía, debía convencer a sus interlocutores de que su historia era real. Eso implicaba que no pudiera dejarse ni un detalle de su relato porque podría traducirse en que las y los funcionarios que tenía delante pensarán que se lo estaba inventando.

El caso es que, ya con toda la documentación que pudo reunir, Nicole recurrió esa denegación. Una vez más se sumió en una espera angustiada con el agravante de que, en esa ocasión, se encontraba en situación irregular con el miedo que se deriva de ello. Temía cruzarse con integrantes de las fuerzas de seguridad del Estado y que le pidieran la documentación.

Afortunadamente y tras meses de espera, le concedieron el estatuto de protección humanitaria. Eso le dio paz y estabilidad y la opción de estudiar y trabajar. En total habían pasado más de dos años.

A día de hoy, Nicole es la directora de Karibu. Su experiencia en Congo y en la vida, en general, le ha enseñado que los trances que atraviesan las mujeres suelen ser especialmente dolorosos



La interseccionalidad está relacionada con la identidad concebida como algo múltiple. Las personas somos como prismas: tenemos un montón de caras y somos varias cosas a la vez. Así pues, se puede ser mujer, lesbiana, migrante, contar con un permiso de residencia, disponer de un título universitario, tener bajos recursos económicos, residir en Bilbao y hablar castellano pero no euskera. Esto, obviamente, genera unas vivencias específicas, más sencillas que las que tienen quienes están en situación irregular, cuentan con una formación básica y no hablan ninguna lengua del Estado, pero más complicadas que las de las personas blancas heterosexuales nacidas y criadas en Euskadi. En su caso, supone que se sumen experiencias ligadas al machismo (por género), al racismo (por raza), a la lgbtqfobia (por no ser heterosexual), a la xenofobia (por ser extranjera) o hasta a la aporofobia (por pobreza), con consecuencias en su día a día.

La académica y profesora afroestadounidense Kimberlé Crenshaw acuñó la interseccionalidad y la definió como "el fenómeno por el cual cada individuo sufre opresión u ostenta privilegio en base a su pertenencia a múltiples categorías sociales".

En el continente africano, algunas de las problemáticas específicas que se encuentran las mujeres por el hecho de serlo son las violaciones como arma de guerra, la trata con fines de explotación sexual, los matrimonios concertados o la mutilación genital femenina.

Ese es el motivo por el cual, en la actualidad, Karibu cuenta con tres pisos para mujeres y también tienen un centro de día para las que ya son ancianas, "Casa Bibi". Este último es un colectivo tremendamente invisibilizado debido a que, en el imaginario de la sociedad española, las personas que migran desde África solo son hombres jóvenes. Sin embargo, también hay mujeres mayores que, en algunos casos, tienen dificultades idiomáticas y carecen de redes sólidas.

Por la mente de Nicole siempre asoma la posibilidad de regresar algún día a República Democrática del Congo pero la inestabilidad continúa allí. Por otro lado, ella es consciente de que aquí resulta muy útil.

Además de su fantástica labor en Karibu, es una extraordinaria oradora que da conferencias y formaciones relacionadas con la situación de las mujeres en África y sobre migraciones.

Y de África nos vamos a Asia porque ahora quiero hablaros de otra mujer maravillosa: Rosa Irasusta Ventura. Nació hace 74 años en San José City, Nueva Écija. Seguro que eso de Écija os suena y es normal ya que hay un municipio sevillano que se llama así. Suelen hablarnos de él cada verano porque ahí siempre alcanzan temperaturas altísimas. Nueva Écija, en cambio, está muuuuy lejos de Andalucía. Se trata de un región filipina situada a unas cuatro horas de la capital, Manila, y que popularmente se conoce como “el cuenco de arroz” por la cantidad de este alimento que se produce ahí.



La comunidad filipina tiene un arraigo importante en el Estado español debido a que, lo que hoy es su país, fue territorio español entre el s.XVI y el XIX (1898). En esa época, se impuso el catolicismo y se eliminaron los apellidos propios de la zona para sustituirlos por españoles.

Hasta el nombre del archipiélago tiene origen español: Se llama así debido a que fue en tiempos del rey Felipe II cuando se colonizó. Desde entonces, comenzaron a llegar personas de ahí a la España peninsular. Era gente de clase alta que quería cursar sus estudios superiores.

Sin embargo, esa no fue la única ola migratoria con destino a España: Después de la II Guerra mundial, parte de la población huyó del país y vino para acá.

A partir de la década de los 60, quienes vinieron fueron sobre todo mujeres que trabajaban en el hogar de empresarios españoles. No obstante, muchas de ellas emigraron después a EEUU, así que en los 80, llegó una generación que, de alguna manera, reemplazó a la anterior y que también se dedicó al servicio doméstico.

El siglo XXI supuso la llegada de gente de Filipinas bajo otras condiciones gracias a que, en 2006, se firmó un acuerdo entre el país asiático y España para que pudiera venir personal cualificado.





Quando Rosa llegó a Barcelona, en 1980, las exigencias burocráticas a la hora de viajar eran tan severas como ahora, de modo que entró como turista Y... Se quedó.



FILIPINAS

La migración de Rosa fue económica. Antes de tener que marcharse de su país, trabajaba como maestra y una mujer iba a su casa a

diario a ayudarle con las tareas domésticas y la crianza de sus dos hijas y su hijo. Podía permitírselo porque tenía una economía muy saneada, pero todo cambió cuando su marido se quedó sin trabajo. Sólo con su sueldo no le daba para pagar todos los gastos de la vivienda. Ni siquiera podía hacer frente al abono mensual de la matrícula de los colegios de sus tres hijos, así que cuando una amiga filipina, que ya vivía en Barcelona, le comentó que necesitaban

Según un informe de la ONG Oxfam Intermón, en España hay más de 500.000 empleadas del hogar y una de cada tres vive por debajo del umbral de la pobreza.

a una mujer para trabajar como interna, no se lo pensó dos veces y vino. Y así fue como pasó de contar con una empleada del hogar en su vivienda a, tal y como ella misma señala, ser ella la chica filipina que limpiaba en una casa que no era la suya.

Más allá de la precariedad económica, es común que se produzcan prácticas abusivas difícilmente controlables porque no suelen llevarse a cabo inspecciones de trabajo en esta área.

Pese a que su idea de España, antes de viajar, era que se trataba de un país hermoso de edificios enormes y donde todo el mundo era guapo y rico, se pasó el viaje llorando. Tenía miedo a la incertidumbre y una pena honda por la separación de su familia. Su hija más pequeña tenía solo un año y le dolía en el alma tener que separarse de ella y de sus dos hermanos, aunque fuera de forma provisional. Además, cuando aterrizó en esa Barcelona de los 80, con bolsas de pobreza importantes y gente que se drogaba en soportales y parques, cayó en la cuenta de que su imagen previa de Europa no tenía mucho que ver con la realidad.

BARCELONA



Un artículo de 1985 del diario El País arrojaba datos muy significativos con respecto a la pobreza de esa época: Ocho millones de españoles no alcanzaban la mitad de la renta 'per cápita'.

No obstante, pronto supo que tampoco iba a poder salir demasiado a la calle porque la familia que la contrató no se lo permitía. Tenía que hacer de todo, sin parar y al modo español.

Rosa había estudiado algo de castellano en su tierra puesto que, debido a los vínculos coloniales previos, era una asignatura que se ofertaba en los planes de estudios y se recuerda a sí misma repitiendo constantemente la palabra “¿cómo?”.

Necesitaba preguntarlo todo porque desconocía la manera de proceder de aquí. Pese a que supiera cocinar, limpiar y llevar a cabo todas las tareas del hogar, enseguida cayó en la cuenta de que esos conocimientos sólo le servían en Filipinas. En el Estado español las cosas se hacían de manera muy diferente. Durante el primer mes, se sintió torpe y muy insegura, ahora bien, transcurrido ese tiempo y tras muchos “cómos” pudo desenvolverse a la perfección.



Continuó aprendiendo castellano y algo de catalán leyendo libros, viendo la televisión y cuidando a la hija de la familia con la que residía. Pasaba con ella mucho tiempo y no por deseo propio sino debido a la explotación laboral a la que se vio sometida. Además de aquello que tenía que hacer por contrato, le pedían que se encargara de ella y que le enseñara inglés, idioma que dominaba a la perfección.



El español fue lengua oficial en Filipinas durante algo más de 300 años (1565-1898). El tratado de París supuso el fin de la Guerra hispanoestadounidense y trajo como consecuencia la independencia de Cuba así como la entrega de la isla de Guam, Filipinas y Puerto Rico a Estados Unidos.

Filipinas fue territorio estadounidense desde 1901 hasta 1946. En ese tiempo, el inglés se convirtió en idioma oficial de la región y en la lengua que se enseñaba en las escuelas.

En la actualidad, se hablan 170 idiomas en el país, pero las únicas oficiales son el tagalo y el inglés.

Cada noche cuando, agotada, se iba a dormir, se pasaba horas y horas sollozando. Sin embargo, la constancia de que su sueldo era veinte veces superior a lo que ganaba en su tierra, le dio fuerzas para continuar. Eso y las llamadas telefónicas que hacía desde las cabinas. Algunos de los marineros filipinos que recalaban y pasaban algún tiempo en el puerto de Barcelona sabían cómo trucarlas para hablar durante mucho tiempo por poco dinero.



Era fácil localizarlas debido a que solía haber una cola larguísima de filipinos y filipinas esperando su turno. Cada vez que charlaba con su familia, a través de esas cabinas, recordaba lo mucho que necesitaban el dinero que ella enviaba.

Las remesas son el dinero que las personas que migran mandan a sus parientes y personas allegadas en su país de origen.

En una entrevista que le hicieron en 2022 al director de Remitly, Matt Oppenheimer, este señalaba que estos fondos pueden llegar a representar hasta el 60 % de los ingresos del hogar.

En Filipinas, las remesas supusieron una cantidad significativa de dinero en comparación con su PIB, nada menos que el 9,7 %.



Lo único positivo de esa etapa, más allá de lo económico, es que logró que le hicieran los papeles y regularizar su situación administrativa. En un año, y gracias a que los trámites no resultaban tan complicados como en la actualidad, ya tenía el permiso de residencia y en tres, la nacionalidad. Disponer de un pasaporte español le dio la seguridad necesaria como para abandonar el trabajo como interna. De ahí pasó a limpiar en varias casas y llevó a cabo otras labores que le daban un plus de ingresos, como bordar mantillas.

Su idea era poder regresar a su país tan pronto como ahorrara lo suficiente pero la diferencia salarial provocó que, en lugar de volver, finalmente, fuera su familia la que vino.

Primero, trajo a su hija mayor, que tenía quince años. Un año más tarde, vinieron su marido, su hijo el mediano y su hija pequeña que, con solo seis años, fue la que menos problemas tuvo para aprender catalán y castellano y, por tanto, para adaptarse. Por su desparpajo, enseguida hizo amistades en la escuela, lugar en el que todo iba bien salvo por los comentarios racistas y xenófobos de una profesora que le dijo “vete a tu país”. Sus compañeras de clase le contaron lo sucedido a sus progenitores y estos denunciaron a la docente a quien acabaron expulsando del centro por su comportamiento xenófobo.

Su marido, por su parte, se incorporó al mercado laboral y trabajó con ella cosiendo bolsos y bordando mantillas.



El reencuentro fue muy positivo, no obstante, el tiempo había hecho mella en su relación. Ya no eran las mismas personas que se tuvieron que separar años atrás. Habían madurado, crecido o, simplemente, cambiado por lo que les tocó vivir a kilómetros de distancia. Por otro lado, la vida en el Estado español no tenía nada que ver con la de Filipinas. Allí disponían de tiempo para hacer planes en familia, aquí, en cambio, tanto ella como su marido se pasaban el día trabajando y casi no veían ni a sus dos hijas ni a su hijo salvo en fechas señaladas.

Rosa cree que, quizá por eso, sus hijos mayores acabaron buscándose una familia fuera... Y se casaron pronto.

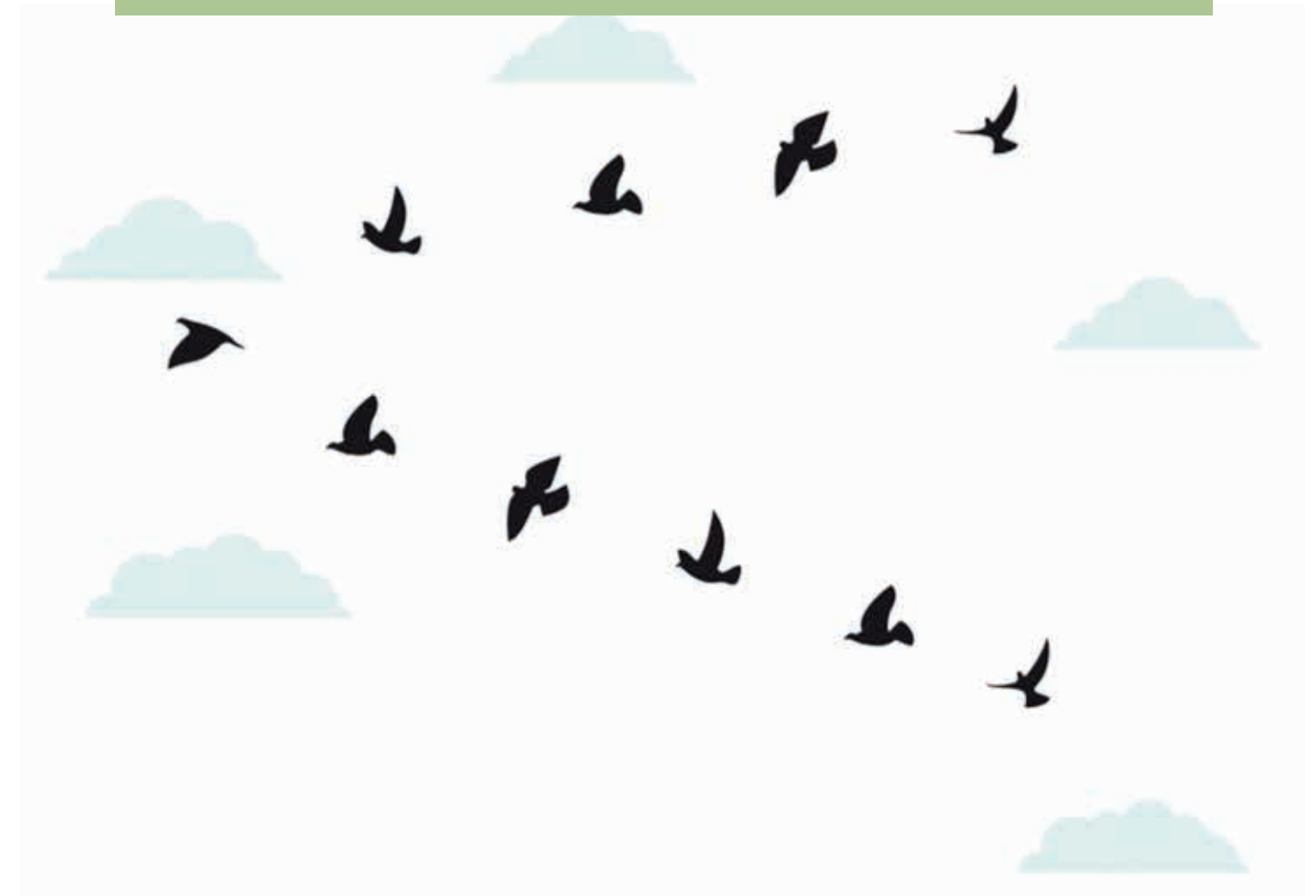


En los 80 era relativamente común entre la burguesía de las grandes ciudades españolas que contaran con personal doméstico filipino, así que vino una periodista del país asiático para hacer un reportaje sobre el tema y narrar cuál era la situación de la diáspora filipina. A raíz de leer los diferentes testimonios, la comunidad residente en Cataluña, que estaba algo desmembrada, fue conociéndose más. Contactaron entre sí, charlaron, se dieron cuenta de que sus vivencias y reclamos eran similares y entendieron que para poder soportar mejor la nostalgia y conseguir cambios y mejoras sería mejor juntarse.

Inicialmente, las reuniones que tenían eran sobre todo lúdicas, una vía de escape de su cotidianidad dura y extenuante, sin embargo, poco a poco fueron creándose asociaciones con otros fines.



La palabra diáspora proviene de “dispersión”, que es lo que pasa cuando personas, animales u objetos se separan y se esparcen en diferentes direcciones. Así las cosas, el concepto de diáspora alude a los grupos de gente que abandonan su lugar de origen para establecerse en cualquier otro lugar del planeta.



En algunas de las definiciones señalan que para hablar de diáspora es importante que todavía haya algún tipo de relación con el sitio del cual partieron, ya sea cultural, gastronómica, lingüística, religiosa...

Al principio, el término se usaba solo para el pueblo judío que tuvo que abandonar Israel en el s.VI a.C., pero en la actualidad es aplicable a cualquier comunidad.



Producto de ello, en 1986, Rosa entró como voluntaria en el Centro Filipino. Echaba de menos la docencia y se había dado cuenta de que aquí, la infancia originaria de su país no hablaba las lenguas de Filipinas y su educación era más laxa. Según ella, los y las más pequeñas del hogar respondían a sus mayores y era menos respetuosos con las personas adultas. Entendió que colaborando como profesora de tagalo, inglés y cultura filipina podía ser muy útil a su comunidad. Desde entonces, y a pesar del cansancio derivado del trabajo y la crianza, no ha dejado de prestar su apoyo sin recibir dinero a cambio hasta el punto de que hoy, a sus 74 años, es la presidenta de la organización. Y le pega. Tiene un carácter solícito y fuerte. Dice que no es una mujer migrante dispuesta a aguantar todo, así que, si han tratado de aprovecharse de ella o le han gritado “China” por la calle de forma despectiva, como es muy reivindicativa, siempre ha respondido.

Durante la pandemia de COVID-19, la sinofobia o xenofobia específica hacia las comunidades chinas se incrementó mucho puesto que una parte de la población mundial les culpó de lo sucedido. No obstante, no solo las personas chinas lo padecieron, se extendió a gente de otros países asiáticos.

En el centro, además de formación, se gestiona una bolsa de empleo, se hace acompañamiento en hospitales a quienes padecen alguna enfermedad y no tienen aquí a sus seres queridos y prestan asistencia jurídica. Además, apoyan a la gente recién llegada que se encuentra desorientada y desconoce los recursos existentes. Es una manera de vertebrar y exigir el cumplimiento de derechos de una comunidad muy presente desde hace décadas pero, a ojos de la mayoría de la población, invisible.



Rosa se jubiló en 2013. No obstante, de vez en cuando, vende comida típica filipina en la calle porque la pensión no es suficiente y tiene que mandar dinero a la familia que le queda en Filipinas: sus hermanas, primas, etc...

Quienes la conocen la llaman con cariño Tita Rosa por lo mucho que ha ayudado a su gente, tanto en su país como en Barcelona, y lo cierto es que querría seguir haciéndolo pero ser trabajadora de limpieza ha hecho mella en su cuerpo. Tiene la espalda, las rodillas y las muñecas destrozadas tras años machacándose las y han tenido que operarla en numerosas ocasiones.



Ya no se plantea regresar a su tierra puesto que, salvo su hija mayor y los nietos de Rosa que ha tenido ahí, toda su familia directa, incluyendo nietos, nietas y su primera bisnieta, están en Barcelona. Además, el Centro filipino y todo lo que puede hacer desde ahí le tira mucho. Sabe que si se fuera, la echarían mucho de menos.



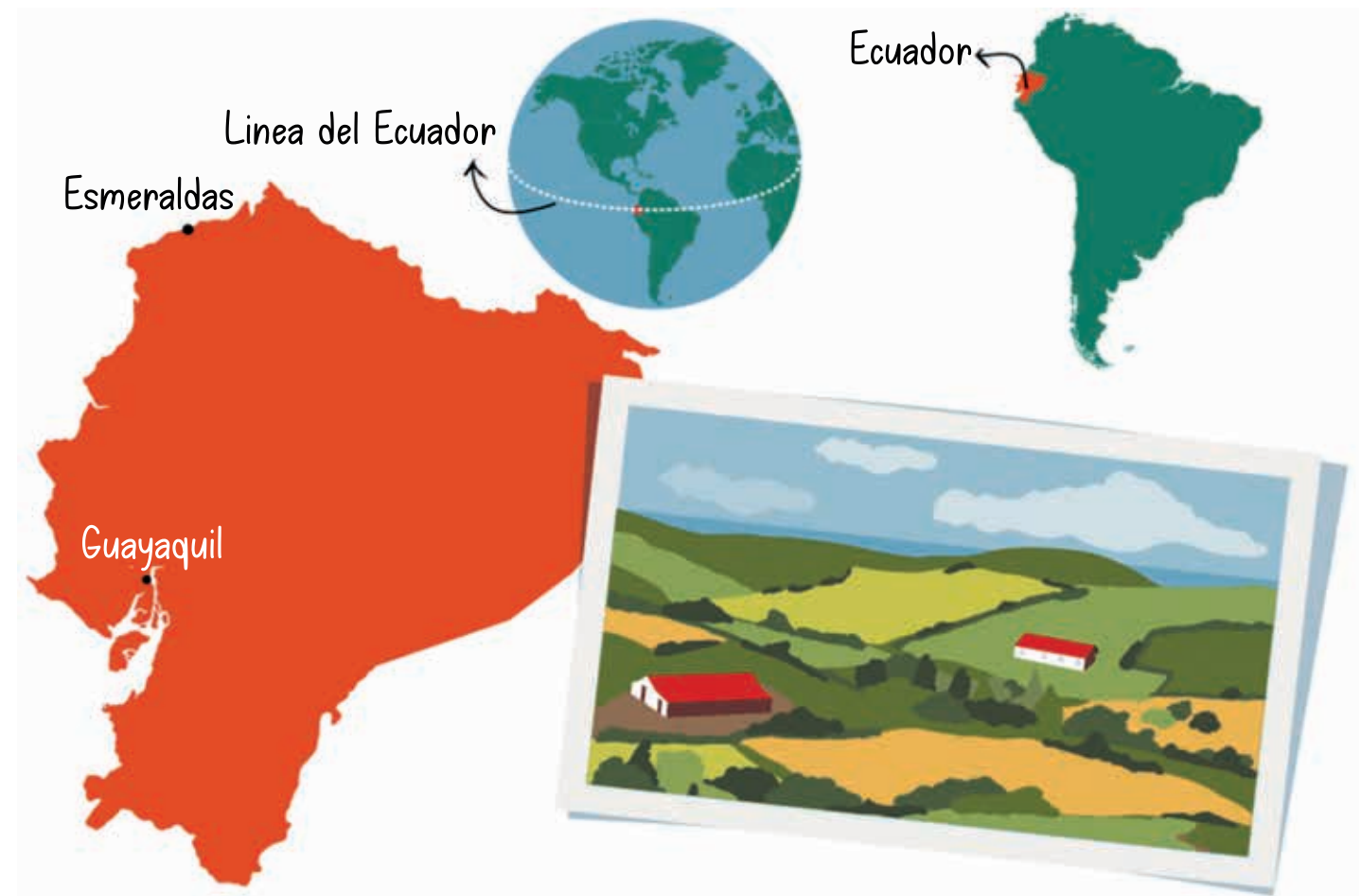
Más de la mitad (56%) de las personas nacidas fuera de España que residen aquí llevan más de 10 años en el país. Eso evidencia el arraigo de buena parte de la población migrante. Está bien tener esta información presente para dejar de concebirles como personas eternamente recién llegadas o como huéspedes a quienes se agasaja y se ayuda. A estas alturas resulta fundamental verles como lo que son: vecinas y vecinos que aportan y contribuyen en las sociedades que habitan.

Podría hablaros de más mujeres migrantes pero... Creo que ha llegado el momento de despojarme de este traje de ninot y contar mi historia. A estas alturas, diría que ha quedado claro que las personas que migramos no somos solo un cuerpo vacío o un conjunto de estereotipos que no se ajusta a la realidad y también que cada cual tiene un porqué. El mío está relacionado con la pobreza, no obstante, todos los motivos son válidos. Al fin y al cabo, los seres humanos tienen raíces, sí, pero son simbólicas, no como las de las plantas, así que no nos impiden movernos y no tenemos por qué permanecer en el país en el que hemos nacido.



El artículo 13 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos establece que toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado, y toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio y a regresar.

Mi nombre completo es Marjorie Paola Hurtado Villalá. Tengo 39 años y soy de la República de Ecuador, que recibe ese nombre porque la línea imaginaria que separa el hemisferio norte del sur pasa por ahí. Eso provoca que, salvo en las zonas de montaña, nunca haga frío y que recibamos más luz del sol directa. Por eso, nuestra tierra es fértil y fácilmente cultivable. Yo nací en Guayaquil y crecí en la provincia de Esmeraldas, una zona en la que la mayor parte de sus habitantes son afrodescendientes.



Según la declaración de Santiago y la de Durban de las Naciones Unidas, afrodescendientes son las personas de origen africano que han nacido en América y cuyos antepasados fueron llevados desde el continente africano como consecuencia de la esclavitud transatlántica. Últimamente, esa definición también incluye a quienes, habiendo nacido en cualquier otro sitio, tienen ascendencia africana negra.



Pese a la riqueza del entorno, el 51% de los habitantes de Esmeraldas vive en situación de pobreza y mi caso no fue diferente. Mi familia carecía de recursos y eso trajo como consecuencia que tuviéramos que residir en casa de otros parientes. ¿Os imagináis? Cada cierto tiempo, teníamos que recoger nuestras escasas pertenencias e ir de un sitio a otro a sabiendas de que, en algún momento, más tarde o más temprano, nos tocaría volver a marcharnos. Precisamente por esa sensación de provisionalidad permanente, todavía recuerdo nuestra primera vivienda propia: Estaba hecha de bambú, un material muy barato, y la levantaron en un solar de mi abuela.

Con todo, la precariedad continuó siendo una constante en nuestras vidas. Tanto es así, que la ropa que llevábamos era de segunda mano y comprada en mercadillos, después de buscar y rebuscar, para que fuera de nuestra talla y nos sentara medianamente bien. Pero es que mis zapatos, que por supuesto que también eran usados, a veces eran de tallas disparejas porque eran los únicos que mi madre podía pagar. Como habréis podido suponer, no era demasiado cómodo caminar con ellos. O me sobraba espacio del lado izquierdo o me faltaba del derecho o viceversa.

Cansada de tener los bolsillos vacíos, de no saber si podría llenar el plato de comida y de andar todo el día preocupada por cómo pagaría los suministros, mi madre optó por emigrar al Estado español. Su voluntad inicial era que yo, que por aquel entonces tenía 16 años y siempre había sacado muy buenas notas, pudiera estudiar aquí, puesto que las titulaciones europeas cuentan con más prestigio.



El prestigio de las universidades y su posicionamiento en los ranking internacionales depende de varios factores: la reputación según los académicos, según los empleadores de la gente que se ha formado en los centros, del ratio de profesorado- alumnos, de las citas producidas por el personal dedicado a investigación y de la proporción de visitantes internacionales, ya sea en calidad de docentes o de estudiantes.

Obviamente, para que todo lo anterior tenga un porcentaje elevado los centros educativos deben contar con unos fondos de los que ciertos países no disponen. Así las cosas, quien puede permitírselo acaba formándose fuera o en centros privados haciendo más grande la brecha de desigualdad entre la población estudiantil.



Su decisión tenía sentido, yo era toda una empollona. Hasta estaba en el cuadro de honor académico y ya había empezado a estudiar Análisis de sistemas informáticos en la Universidad Politécnica de allá. De modo que un año después de su partida, me envió un pasaje de avión para que yo también pudiera venir a España.

Sin embargo, ella no me había avisado de que en Europa la pobreza también existe. La realidad me dio una bofetada y mis inicios fueron durísimos. Mi madre y yo compartíamos un piso de 40m2 con un montón de gente desconocida. Sólo en nuestro cuarto dormíamos 6 personas y en nuestra cama tres: mi madre, una amiga de ella y yo. Por momentos, llegué a sentir que nuestra situación era incluso peor que la que teníamos en Ecuador.

Las personas que vienen de Ecuador conforman la comunidad americana más numerosa del Estado español. Desde finales de los 90, un importante número de ciudadanos y ciudadanas de mi país vinieron aquí debido a la acuciante crisis económica que lo asolaba. Mi madre y yo somos un ejemplo de ello. Formamos parte de la tercera comunidad migrante con más integrantes de España, con algo más de 400.000 personas, aunque un porcentaje muy significativo regresó a nuestra tierra coincidiendo con la crisis española de 2008.

Poco a poco, mi objetivo de continuar la carrera en Madrid se fue alejando. Si bien es cierto que, como ecuatoriana, hablo el mismo idioma, la realidad es que hay muchos elementos de la cultura de aquí que no se parecen en nada a los de la mía. Tienen que ver con la forma de expresarse, la gestualidad, la comida, la manera de divertirnos, bailar o pensar. Por si eso no fuera suficiente, desconocía los recursos que existían y los obstáculos administrativos eran enormes. Así fue como pasé de soñar a limitarme a sobrevivir. Estuve en ese modo más de un lustro por encontrarme en situación irregular. Poneros en mi piel, fueron cinco largos años con miedo a que la policía hiciera una de sus identificaciones por perfil racial y me tocara, a no encontrar trabajo o a la explotación laboral porque, sin papeles, careces de derechos.



Las identificaciones por perfil racial o perfilamientos raciales son una práctica que llevan a cabo las fuerzas de seguridad del Estado. Paran, con el fin de pedir la documentación, a personas no blancas aunque no hayan cometido ningún acto susceptible de considerarse sospechoso o inapropiado. La Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía junto a la Universidad de Granada hicieron un estudio en la estación de autobuses de la ciudad y determinaron que la policía paraba 40 veces más a hombres negros que a varones blancos.

En un informe titulado "Identificaciones policiales por perfil racial. Estudio criminológico sobre las experiencias de identificación en España en 2020-2021" le sumaron a lo anterior datos concernientes al género y la edad. Y estas fueron algunas de sus conclusiones: En buena parte de los casos, 72.5%, las personas identificadas tenían rasgos no caucásicos y la mayoría, 78.7 %, tenían nacionalidad española.

Los hombres representaban el 81.3 % de la población identificada, mientras que las mujeres solamente un 18.7 %. El 84.9 % de las personas jóvenes, de entre 18 y 29 años, que formaron parte de la muestra fueron identificadas en vía pública frente al 12.3 % de las personas adultas de entre los 30 y 40 años y al 2.3 % de quienes tenían más de 50 años.

Tuve la “suerte” de que mi madre llevaba tiempo aquí y tenía algún contacto, de manera que mi primer trabajo ya estaba apalabrado. Una semana después de llegar a Madrid, empecé a limpiar en casa de una familia pudiente. Mi madre me acompañó el primer día para mostrarme el camino pero el segundo me tocó ir a mí sola y... me perdí en el metro, así que llegué tarde. Encima, me pidieron que preparara la comida, algo lógico, pero el resultado les horrorizó. **No es que yo no supiera cocinar, es que, recién aterrizada en España,** desconocía por completo la gastronomía nacional. El caso es que esas dos faltas fueron la causa de que me despidieran.

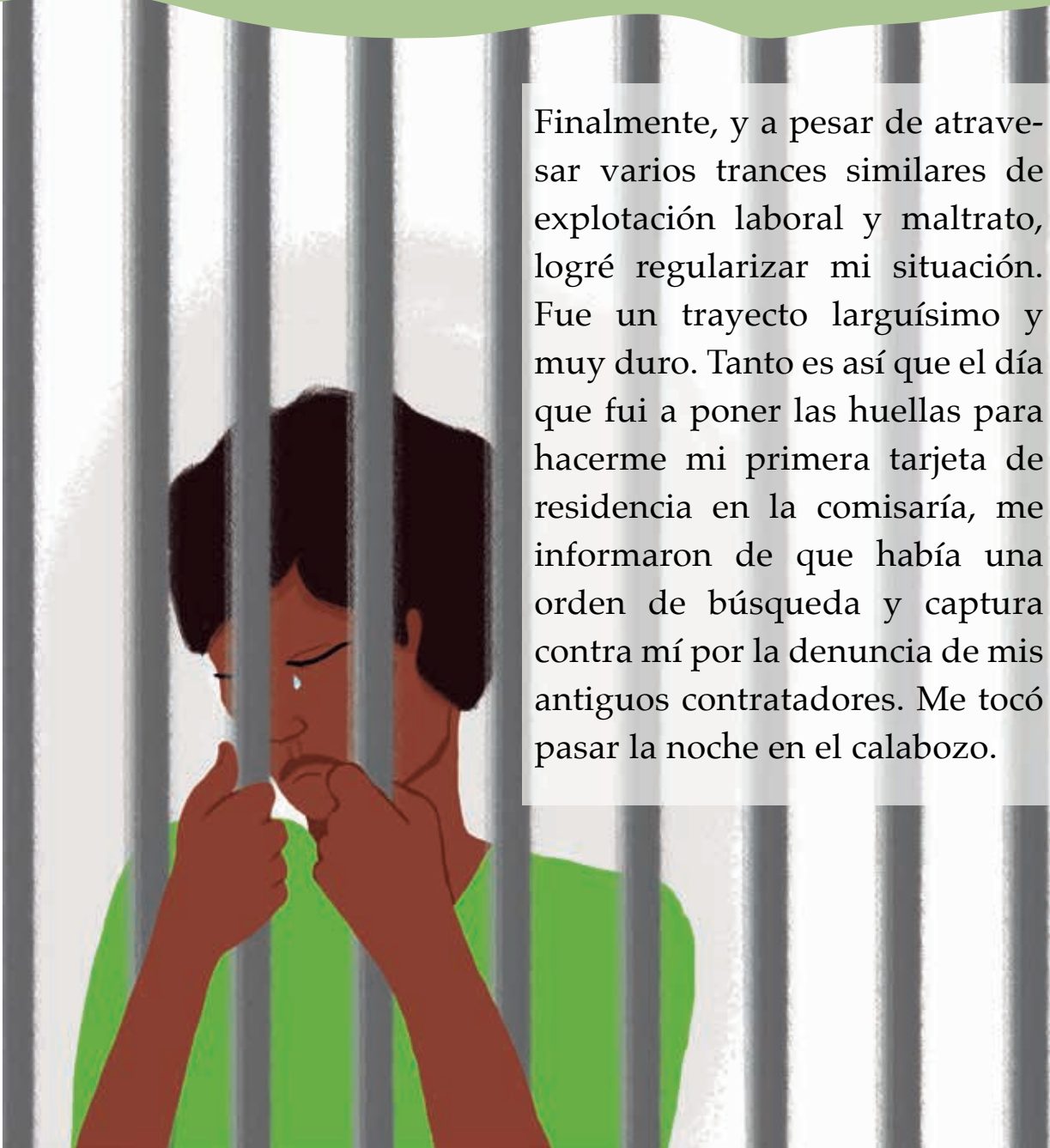
A mi madre le sentó fatal. Necesitábamos el dinero para poder saldar la deuda que ella había contraído al comprar mi billete de avión por lo que se esforzó muchísimo para encontrarme otra cosa.

Mi segundo trabajo en Madrid consistió en vender patatas en un puesto del mercado gigante que es El Rastro. En el tercero, me dediqué a limpiar portales y debí hacerlo bien puesto que un día, los dueños de la empresa me pidieron que cuidara a sus hijos. Acepté porque no me quedaba más remedio, sin embargo, desde el principio noté que uno de los niños era unos puntos más allá de lo que consideraríamos “travieso”. Hacerme cargo de él era una labor titánica para la cual no me sentía preparada, de modo que les dije a sus padres que no podría continuar llevando a cabo esa labor. Su respuesta fue, más bien, una venganza: me denunciaron por estar en situación irregular.

Estar en situación irregular no es un delito, se trata de una falta administrativa. Sin embargo, puede acarrear privación de libertad, esto es, que te encierren en un centro de internamiento de extranjeros (CIE), la exigencia del pago de una multa o la expulsión al país de origen o a un tercero.

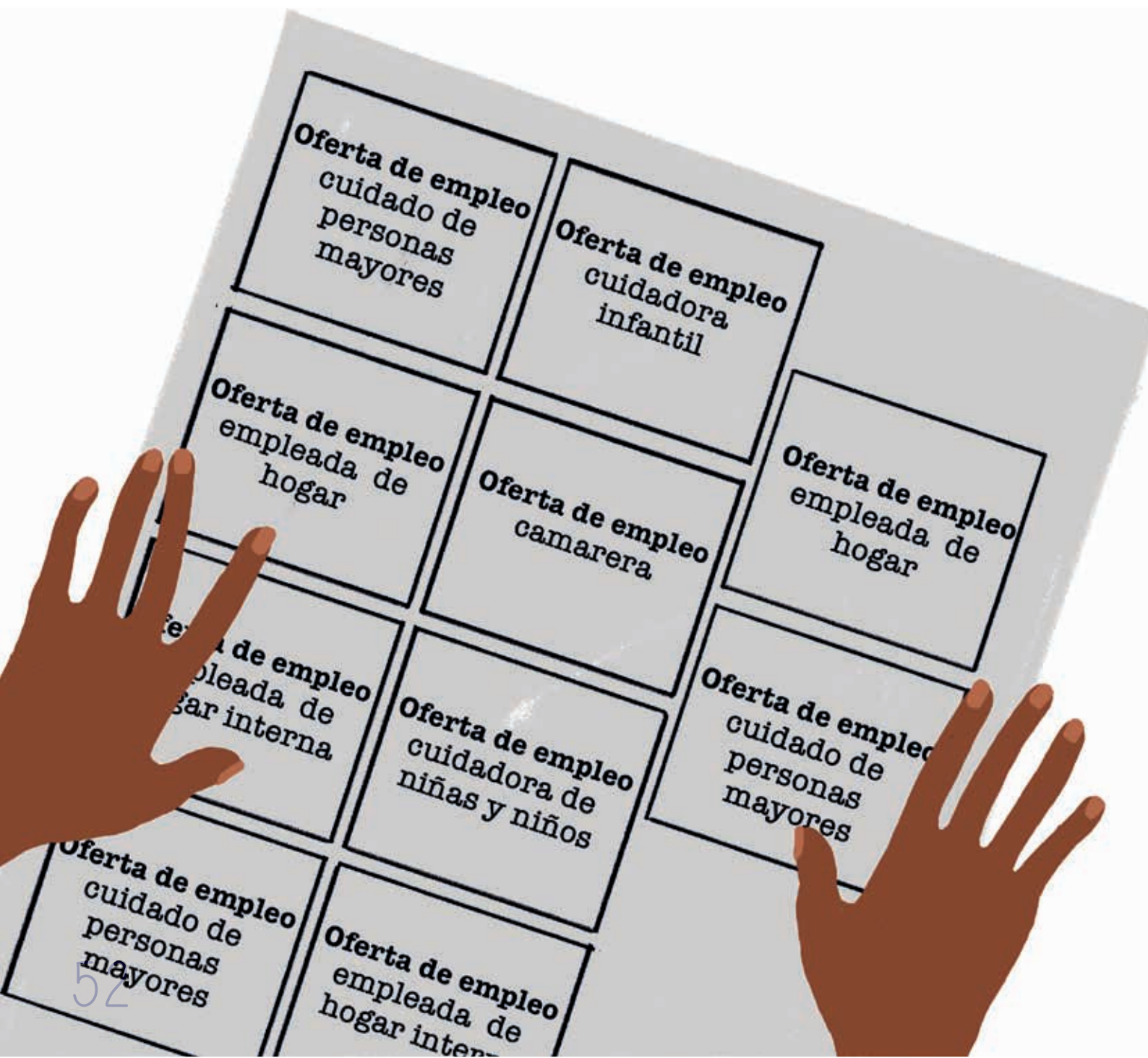
Hay mucha gente que entra de manera legal, o sea, con un visado, pero que luego, cuando este expira, permanecen en el país.

Pese a que la imagen que más nos muestran de la inmigración irregular son las de quienes vienen en patera, lo cierto es que las personas que llegan a España de ese modo representan un porcentaje muy inferior al de las que llegan en avión de forma regular y acaban quedándose.



Finalmente, y a pesar de atravesar varios trances similares de explotación laboral y maltrato, logré regularizar mi situación. Fue un trayecto larguísimo y muy duro. Tanto es así que el día que fui a poner las huellas para hacerme mi primera tarjeta de residencia en la comisaría, me informaron de que había una orden de búsqueda y captura contra mí por la denuncia de mis antiguos contratadores. Me tocó pasar la noche en el calabozo.

Con todo, tener NIE (Número de Identificación de Extranjeros) me abrió un montón de puertas. Al fin podía optar a otro tipo de empleos con algo más de garantías. En esa época fui camarera y más tarde, recepcionista. Fue entonces cuando renació en mí la esperanza de poder estudiar en la universidad. Desenterré mi sueño de juventud y, casi sin pensarlo, me sumergí en el laberinto burocrático de la homologación de títulos. Y lo llamo laberinto porque, en cierto modo, lo es, cosa que provoca que demasiadas personas se rindan antes de lograr su objetivo.



En 2022, el Gobierno aprobó la agilización de los trámites para las solicitudes de homologación y equivalencia de títulos extranjeros de educación superior. El plazo máximo de resolución es de seis meses y su objetivo es facilitar la movilidad de un tipo muy concreto de persona que migra: los universitarios. Pero... ¿qué hay de quienes todavía no han llegado a la universidad o han estudiado formación profesional?

Yo, en cambio, no desistí. Ahora bien, mi recorrido resultó de lo más tedioso. Lo único bueno de que el tiempo fuera pasando fue que, entre tanto, cumplí 25 años. Eso me permitió hacer la prueba de acceso a la universidad para mayores de esa edad. Aprobé y fui admitida en la facultad de psicología.

Echar la vista atrás, me ha servido para pensar en todas las personas migrantes con experiencias similares a la mía que no han logrado estudiar. Ese ha sido el germen de la creación de una asociación, "Educación contra la discriminación". Nació con el objetivo de difundir información y facilitar los trámites a las personas migrantes que desean continuar formándose, llegar a la universidad o convalidar sus títulos.

Mis labores de pesquisa iniciales supusieron abrir una caja de Pandora que ni sabía que existía. Descubrí que el veto para llegar a la universidad no comienza tras el instituto sino incluso antes, podría decirse que en primaria. Ya en esa etapa son más que evidentes la falta de referentes no masculinos, no blancos y no occidentales en los libros de texto así como los prejuicios por parte del sistema, del profesorado y de los equipos de orientación escolar. Eso provoca que se vaya derivando al alumnado migrante o de origen migrante al abandono escolar, la diversificación o, en el mejor de los casos, a la formación profesional. Por eso, desde mi asociación, favorezco la visita de personas migrantes o de ascendencia migrante de diferentes ámbitos laborales a los centros educativos con el objetivo de que el profesorado amplíe su visión y el alumnado cuente con unos referentes que el sistema educativo siempre suele obviar. De esta forma descubre que, pese a que no es fácil llegar a la universidad, sí es posible.

He logrado sacarme el grado de Psicología. Necesité cinco años, en lugar de cuatro, debido a que, entre medias, di a luz a mi primera hija, y continué con mi actividad en la asociación. Ahora, trabajo como psicóloga y en mis terapias no faltan la perspectiva antirracista y decolonial basada en todo lo que he estudiado, leído y, por supuesto, vivido. Ojalá los prejuicios desaparezcan para que ninguna persona sea leída como un ninot y para que, al igual que yo, puedan cumplir sus sueños.



Es muy importante tener claro que no es lo mismo no ser racista, que ser antirracista. Ser una persona antirracista implica el reconocimiento de la estructura racista y estar dispuesta a denunciarlo y desmontarlo desde todos los flancos. Eso incluye la educación, la psicología o el periodismo, por poner algunos ejemplos.



Ahora ya conocéis algo más de mí. Sabéis que parte de mi tiempo se lo dedico a “Educación contra la discriminación” y que considero fundamental mostrar referentes migrantes al alumnado y también a los equipos docentes que, a veces, pueden tener sesgos. Es justo lo que acabo de hacer: contar la historia de mujeres migrantes que están muy lejos de ser ninots, que son puro esfuerzo, superación y un auténtico ejemplo para la sociedad en su conjunto por todo lo que han vivido y, sobre todo, por todo lo que han hecho y siguen haciendo por otras personas.

Espero que, en adelante, quienes me estáis leyendo amplifiquéis este mensaje con el objetivo de que pueda escucharse mucho más alto y llegarle a más gente.

¡Gracias!

Madre mía, qué calor me daba el traje de ninot.

Con el apoyo financiero de:



Este material se ha elaborado con el apoyo financiero del Ministerio de Derechos Sociales y Agenda 2030, con cargo al proyecto «Narrativas de ciudadanía, palabras e imágenes que transforman para alcanzar la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible». Su contenido es responsabilidad exclusiva de InteRed y no refleja necesariamente la opinión de dicho Ministerio.